

**Robinhood.com**

**Raúl Ortega Alfonso**

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL  
TERRACOTA

El Calvo medio loco que escribe las cochinas será lo que será, pero no puedo negar que tiene una labia y una imaginación que le envidio. Fue él quien me dijo, cuando yo le presenté a mi Alison, que ella tenía las areolas como sombrillas abiertas bajo un sol que se derrumba. Yo no sabía que eso se llamaba areola. Me gusta. Suena bonito. Y lo de la sombrilla está vola'ó. También se llama aureola, me explica el Calvo, como ese aro luminoso que tienen algunas imágenes sagradas detrás de la cabeza. Coño, ésa me gusta más, le dije al Calvo —y le ordené a *Calígula* que se echara, que dejara, por ahora, de gruñirle—, ésa me gusta más porque nadie puede negarme que mi Alison sea una diosa. (Maneja con cuidado, le grito a mamá, mira que en esta ciudad hay una pila de locos y yo no soy el único retrasado mental. Y para qué quieres más ropa, hijo, si tienes ese clóset lleno y tú no sales de la casa, me pregunta ella cuando le digo que vaya al Aventura Mall para que me compre un traje blanco de lino que quiero estrenar para esperar a mi Alison.) ¿Y Yanizely cómo tiene las areolas?, le pregunté al Calvo mientras le enseñé un video que yo mismo

tomé mientras ella dormía. Escucha lo que te voy a decir, robinhood.com: si no le dices a ese perro que deje de enseñarme los colmillos no te puedo contestar. Déjame ver el video otra vez, me dice, mientras yo acaricio la cabeza de *Calígula*. Bueno, y se queda pensando. Ella tiene las areolas como si fueran manchas de mamoncillo sobre una sábana rosada. Ahora soy yo el que se queda pensando. Ésa no me gusta, le digo, y le aflojo la correa al pastor. El Calvo sabe que no puede estar improvisando mucho porque cuando me dice una frase que yo no entiendo muy bien, que yo no puedo ver, vaya, me encabrono al igual que *Calígula*. Ese es el problema, me dice, tu falta de imaginación. El símil, me dice, también necesita de la imaginación del lector. No todo se le puede dejar a quien lo escribe. Déjate de hablar mierda, le digo al Calvo, y para la otra, cuando te pregunte a qué se parecen las nalgas de mi Alison, trata de que se te ocurra una de esas cosas que yo entienda. ¿Cómo es que se llama? ¿Símil? Bueno, eso mismo. Así que ve pensando. Y me voy repitiendo en voz alta para que no se me olvide: como sombrillas abiertas bajo un sol que se derrumba. Coño, qué lindo. En cuanto llegue mi madre me pongo mi traje de lino blanco para ir a encontrarme con mi novia. No me dan celos para nada que bajo esas sombrillas abiertas se meta toda la gente que quiera porque eso demuestra la generosidad de mi Alison; además, sentir celos por una persona no quiere decir que la quieres más que nadie, sino que no estás seguro de ti mismo, y vuelvo con la cantaleta, esa es la libertad: estar seguro de uno mismo. Ahora, lo que sí me encabrona es que venga cualquier imbécil y ofenda a mi Alison con sus cochinos comentarios (*Usuario: frisko Comentario:*

*que guarra la hija de puta me gustaria follarla como la perra que es*). Con qué derecho, chico. Si mi Alison no se mete con nadie, si lo único que hace mi Alison es entregar su desnudez, sin importarle que uno sea negro o blanco o cojo. ¿La gente no entiende su sacrificio o qué? ¿La gente no entiende su soledad o qué? No ven cómo ella misma se tiene que pasar la lengua por los pezones, cabalgar sobre su sillita Sybian o tocarse el clítoris —antes que el Calvo me explicara que se llamaba así yo le decía *pepita*, y pensándolo bien mi Alison tiene el clítoris como el sombrerito que usa Robin Hood en las películas— para que nosotros no estemos tan solos. No hay que ser tan retrasado mental como yo para entender que si mi Alison usa un consolador es para consolarse —y también para consolarnos—; que ella a veces no la pasa muy bien, aunque mucha gente —sobre todo los imbéciles que escriben comentarios contra ella— piense que se da la gran vida. No. También necesita cariño, que alguien la consuele, la proteja, y para eso estoy aquí. Se me parte el alma cuando veo que ella se está masturbando sola, por eso siempre la acompaño, y nos ponemos de acuerdo para venirnos los dos al mismo tiempo. Y nunca, nunca he sentido que me engaña, que finja que se está viniendo como hacen las demás; mi Alison tiembla, gime, llora como si fuera una gata que le cogieron la cola de un portazo. Y puedo asegurar que es más fiel que el mismísimo *Calígula*: nunca la he visto que traiga un tipo a la cama como sí hacen casi todas las de su oficio; si se sacrifica y se acuesta con alguna de ellas es para darnos más placer, para que su orgasmo (palabra que el Calvo me explicó y que no me acaba de convencer) se multiplique, explote en el cielo como un cohete

de fuegos artificiales y la gente se alumbre y también le dé deseos de venirse. Cuando uno se mete en Internet y pone el nombre y apellido de mi Alison sale que ella es una *actriz porno softcore ya que casi no hace escenas de sexo heterosexual, sólo de masturbación o escenas lésbicas...* Y por ahí siguen hablando mierda de mi Alison con esa manía que tienen los hijos de puta de etiquetar y clasificar todo como si mi Alison fuera una marca de galletas. ¿Por qué no dicen que es una mujer que alimenta los cinco sentidos del mundo, y el mundo le debe su eterna reverencia, como bien dice el Calvo cuando yo le enseño uno de sus videos? ¿Por qué no dicen que para desnudarse así —ante los ojos del planeta—, con esa sonrisa, con esa sinceridad que demuestra mi Alison, hay que tener más valor que esos tipos que se ponen una bomba en medio del pecho y se tiran de cabeza contra la multitud? Condecoran, alaban, reconocen a cualquiera que aprieta un botón que dispara un cohete que mata a trescientos imbéciles que caminaban a esa hora por la calle, y no existe ni un insignificante premio para una mujer que día tras día se arranca de encima la hipocresía con la que todos se visten a diario desde que se levantan y corren al baño para quitarse la peste a boca de sus pesadillas, para más tarde hacer lo que yo confieso que hago con orgullo y que ellos también hacen aunque su hipocresía lo niegue con todas sus fuerzas: *El senador Mike Bennett de Florida, Estados Unidos, fue descubierto días atrás mientras miraba algunas fotos porno en su notebook durante una sesión del Congreso, informó el sitio Que.es.* O esta otra noticia también tomada de Internet: *ROMA. Agencias. Parece que lo erótico se ha puesto de moda en el partido Pueblo de la Libertad (PDL), de Silvio Berlusconi. El diputado de su*

Domingo. Día de las Madres. Mi *Bróder* se baja de su camioneta con una caja grande envuelta en papel de regalo. Veo, escondido detrás de la cortina de la ventana de la sala, cómo él se para frente a la puerta de la casa. No abre con su llave. Se demora. Espera que los vecinos pasen, o se asomen y lo vean con el regalo. Eso es lo que quiere: que todos sepan que él le trae un gran regalo a la madre del empresario triunfador. La caja tiene un lazo rojo, ridículísimo, y sé lo que tiene dentro: un microondas. Yo jodí adrede el que teníamos en la cocina porque era muy chiquito, aunque no tanto, pero a *Calígula* le gusta que le caliente la comida, y en el que rompí no cabía su plato; además, ahora puedo meter dos paquetes grandes de palomitas para cuando mi Alison me pida que la lleve al cine, no tengamos que hacer la cola en la cafetería. Me voy para mi cuarto y desde ahí escucho a mi *Bróder* gritándole a mi madre en el Día de las Madres: Si él no quiere buscar trabajo, entonces, por lo menos que no viva de mí, que viva del gobierno, que se busque un *desability*. ¿Tú misma no dices que está enfermo? Qué *desability* ni *desability*. Estoy de acuerdo con el

Calvo, esa palabra tiene tremenda peste a muerto. Aquí la gente, cuando ve que no puede levantar cabeza se las arregla para vivir de la ayuda que da el gobierno. Y son tan malagradecidos que después lo critican. Las mujeres, aunque estén casadas, lo niegan, se hacen las víctimas, las madres abandonadas..., pero no dejan de tener tres o cuatro hijos porque de esta manera, cuando llega enero, febrero, la hora de pagar los *taxes*, en vez de contribuir con sus impuestos, reciben del gobierno casi tres mil dólares por cada chamaco. En qué país del mundo uno ve tanta bondad. ¿Díganme? Y siguen criticando: que si los políticos son unos ladrones, que si los republicanos son unos hijos de puta porque no quieren a los inmigrantes y están a favor de la guerra, que si los demócratas son unos cobardes, corruptos y pervertidos. Saquen la cuenta: tres niños, casi diez mil dólares de un palo. Y en cuanto llega el cheque, ahí van, de cabeza para el Dolphin Mall o a cambiar la camioneta por una más nueva. O si no a buscar el *desability*, como quiere mi *Bróder* que yo haga. Ellos mismos provocan el accidente en el trabajo o fingen que tienen la columna destrozada. Y ya, a chuparle la sangre al gobierno: además del cheque mensual, del seguro médico, hasta una tarjeta con doscientos dólares para comprar comida. Yo no haría eso ni muerto. Uno tiene que ser agradecido, y aquí, junto a mi Alison, yo encontré la felicidad que no es poca cosa porque mucha gente piensa que no existe. Allá los incrédulos. Qué *desability* ni *desability*. Dice el Calvo que es como si uno ya estuviera muerto en vida, como si uno fuera un rastrojo que camina, un bulto que asquea, que todo el mundo desprecia, como si estuvieras conectado a un latón de basura, en vez de a una máquina

en una sala de terapia intensiva, y las cucarachas te estuviesen alimentando con un absorbente en vez de por la manguerita del suero, que al final, dice el Calvo, viene siendo lo mismo. Hoy es el Día de las Madres, y cuando mi *Bróder* se va, después de gritarle a mamá y salir mientras tira la puerta, yo me levanto y la abrazo y le digo que no llore, y le doy un beso y la felicito en su día y después la llevo hasta su cuarto, la acuesto, le tomo la presión, le doy sus pastillas, me tomo las que me mandó el siquiatra delante de ella para que no se preocupe y me voy para la cocina a hacerle el desayuno que después le traeré a la cama. Los domingos me paso todo el día con mi Alison. Me gusta mucho el video donde ella se queda mirándome, fijamente, como ninguna mujer me ha mirado antes. Tiene puesta una bata azul clara de mangas largas y está jugando ajedrez con ella misma. Ése fue uno de los primeros videos que le enseñé al Calvo. Ya tiene 161439 entradas, y con ésta 161440 y con la de por la noche tendrá 161441. De verdad que no me dan celos que tanta gente la vea. En uno de esos estudios recientes que hace no sé quién, Miami quedó entre las primeras ciudades del país donde se maneja con mayor agresividad. Si tuviera tanto dinero como mi *Bróder*, pondría un video de mi Alison en cada una de esas vallas grandes que utilizan las empresas para la publicidad en los *expressway* de Miami. Cero estrés, cero accidentes, y ya nadie se cagaría en la madre del otro conductor, ni tendría deseos de agarrarlo por el cuello, o de sacar la pistola y meterle un tiro o de sacarle los mondongos de una puñalada. Todo el mundo manejaría como si navegara en su yate por la bahía de Biscayne. Y la policía, sin pretextos para poner las multas, tendría que buscar otra

manera de enriquecer los bolsillos del alcalde. Es como si la luz que sale de sus pechos fuera un aceite que gotea-  
ra al revés, como si cayera de la tierra al cielo, pero de-  
teniéndose en cada escalón del aire mientras desciende,  
me dijo el Calvo cuando yo le enseñé ese video. Yo no  
entendí muy bien lo que quiso decir, pero esta vez me  
quedé callado. Recuerdo que *Calígula* se echó a los pies  
del Calvo y le pasó la lengua por los pies. Yo quiero más  
al Calvo de lo que él piensa, hasta le pedí que me diera  
otra vez el libro porque le dije que el anterior se lo había  
regalado a Yadira, su vecina. En serio, me preguntó el  
Calvo. Si quieres te doy unos cuantos para que los rega-  
les. Es una edición de autor, la pagué yo mismo. Con ése  
tengo, le dije. Y no es que yo fuera de verdad a leer los  
cuentos del Calvo, sino que necesitaba tenerlo contento  
para que no dejara de escribirle a mi Alison. Cuando se  
engurruñaba y se me ponía tristón como *Calígula*, no  
me gustaba mucho lo que decía de mi Alison, pero en  
cuanto yo le decía que había leído algunos de sus cuen-  
tos, que Yadira me había dicho que él era tremendo  
escritor, que todos los cuentos del libro le gustaban,  
pero el último, el que se llamaba *El bueco*, era su preferi-  
do, como que el Calvo se desenrollaba, se estiraba, pare-  
cía como si los ojos se le salieran de donde los tenía es-  
condidos allá atrás, y hasta era capaz de reírse mientras  
me decía: No sabes cuánto me alegra, robinhood.com,  
no sabes cuánto te agradezco, robinhood.com. Esto no  
se lo digo al Calvo porque me saldría con sus sentimen-  
talismos y esas cosas, pero yo no creo que en realidad  
alguien pueda sentir cariño por otra persona; por un pe-  
rro sí porque el animal no te pide ni la comida, uno se le  
da porque sabe que si no lo mata de hambre, pero para

mover la cola, pasarte la lengua por la cara, agradecerte, no le hace falta que tú le des un pedazo de pan; con que le pases la mano por la cabeza le basta. Y ahí está la diferencia. La gente no quiere a la otra gente, la gente necesita de la otra gente. La gente le dice a la otra que la ama a cambio de lo que va a recibir, pensando en lo que esa gente le puede dar. No es que yo sienta afecto por el Calvo. Yo necesito al Calvo, y el Calvo me necesita. Me gusta lo que hace con las palabras. No sabía que se podía hacer eso con las palabras. Aunque a veces le digo que no entiendo, y de verdad no me importa mucho entender lo que quiere decir, pero suena sabroso. Escucho una música que me convence. Ahora siento que inventar que una cosa se parece a la otra es como si existiera otro mundo, como si me acercara cada vez más a mi Alison. Y eso que el Calvo me explicó que dentro del tropo poético, el símil ese es una de las figuras más fáciles para hacer poesía, que existen otras más complejas como el oxímoron, o una cosa que se llama hipálage, que a mí me suena —y no sé por qué— como si las palabras tuvieran hepatitis. La relación entre mi Alison y yo es diferente. No voy a negar que la necesite, que si no la veo dos o tres veces al día me vuelvo como loco y, como *Calígula*, empiezo a dar vueltas y a mear en el tronco de la palma real que mi *Bróder* sembró en el patio para que recordáramos la patria. Pero sí puedo decir que ella me quiere porque nunca me ha pedido nada a cambio de ese cariño que ella siente por mí. Entonces yo digo que ese amor sí es de verdad. También es verdad que a veces tengo que mandar a callar al Calvo y me dan deseos de decirle a *Calígula* que le muerda una pata cuando se fuma uno de esos cigarrotos intelectuales y se empeña

en explicarme qué es la filosofía y qué cosa es una *máxima* y que si un tal *Niche* y un tal *Chopenjau*. Niche, le dije, le decimos a los negros en Cuba, y el otro tipo tiene nombre como de perro ladrando: *Chopenjaujaujau*. Esa vez el Calvo se puso serio y hacía muecas y movía la calva hacia los lados y hasta se le botaron las venas del cuello y creo que estuvo a punto de darle un infarto. Vete, robinhood.com, vete de aquí. Lo tuyo es un caso perdido. Por hoy hemos terminado. No te pongas así, mi calvito lindo de papi, le dije. Mira, para que tú veas que yo no soy tan inculto como tú dices: yo también tengo un filósofo, y estoy seguro de que es más sabiondo que los tuyos. ¿Y cómo se llama?, me preguntó el Calvo. Los Simpson, le dije. No lo conozco, me dijo. Estoy seguro de que lo acabas de inventar. No, le dije, sí existe, y es de este país, americano como yo. Y aunque tiene un montón, segurísimo que muchas más de las que tienen tus filósofos, puedo decirte una de sus *máximas*: *Tarde o temprano a todos nos disparan*. Es cierto, me dice, es cierto, aunque no conozca a tu filósofo, le doy la razón: de alguna manera tarde o temprano a todos nos disparan. La otra noche *Calígula* y yo estábamos esperando a que el Calvo saliera del trabajo. Llegaba más o menos a las doce porque estaba en el segundo turno. Necesitaba que me compusiera una frase que hablara de las nalgas de mi Alison para yo ponerla en un video donde varios tipos la atacaban con sus cochinos comentarios. Al fin llegó — derrengado por el cansancio — y le dijimos que lo estábamos esperando, que le íbamos a dar chance para que se bañara y yo mismo le traería algo de comer, pero que *Calígula* y yo necesitábamos de sus servicios. Y qué le dice el Calvo a robinhood.com. Tiene el valor de decir-

le que no, que no puede, que está cansado, que se ha pasado más de ocho horas cargando cajas en el *Publix*, limpiando, poniendo latas y más latas en los estantes, y hasta el muy descarado me pide de favor que lo deje para mañana. Cómo si mi Alison no me estuviera esperando, cómo si yo pudiera hacer esperar a mi Alison, cómo si no me dieran ganas de salir a comprar una pistola y meterle un tiro en la boca y cortarle las manos a cada uno de esos imbéciles que atacan a mi Alison. Calvo loco y malagradecido. Hasta *Calígula* se molestó. Mira, le digo al Calvo, te voy a dar un chance para que te metas un baño, refresques la mente y te comas lo que te voy a traer, si no quieres que... Voy a prender tu computadora para que veas el video. ¿Sobre las nalgas?, me pregunta. Sí, sobre las nalgas de mi Alison. Ella está encogida sobre su cama como dicen que uno se acuesta cuando vive en la barriga de su madre. Abre los ojos, se estira y poco a poco se va quitando la sábana que cubre su cuerpo. Después le voy a pedir al Calvo que me busque otro símil de esos para que me compare sus tetas y ponerlo en otro de sus videos. A mí se me acaba de ocurrir uno cuando mi Alison termina de quitarse la sábana y me enseña las tetas, pero sé que si lo pongo en los comentarios, los mismos imbéciles que atacan a mi Alison se van a burlar de mí. A lo mejor el Calvo también se burla de robinhood.com, pero yo digo que las areolas junto con los pezones de las tetas de mi Alison son como los ojos de un oso panda que es albino. El Calvo, sentado en la cama, muerde el sándwich de atún que le preparé. Yo giro el monitor y él acerca la cara. Ya no parece que trabajó más de ocho horas cargando cajas y limpiando los pasillos del *Publix*. Mueve la cabeza y sonrío. Mi

Alison se pone boca abajo, en cuatro patas, y la cámara se le acerca por detrás. Ahí están sus nalgas. Dime, qué te parece, le pregunto al Calvo. Y detengo el video. ¿Sabes?, le dice el Calvo a robinhood.com: a veces las palabras chocan, resbalan, desfallecen, se sienten inútiles, se dan por rendidas ante una imagen como ésta. En este caso la contemplación es el mejor homenaje. El silencio es la manera más inteligente de aceptar el asombro. Pero si tú insistes puedo decir que sus nalgas son como la madurez de una fruta partida a la mitad, servida en una mesa donde se sientan a comer las luces y las sombras. Él se me queda mirando y le digo: Chico, no podías ser un poquito más original. Me tienes cansado ya con la luz y la luz. Tú te piensas que mi Alison es una lámpara o qué. Tienes razón, me dice el Calvo, tienes razón, tu Alison es una lámpara, y es verdad que me estoy repitiendo. Para justificarme puedo decirte que mujer y luz deberían ser una misma palabra, ni sinónimos creo porque se alejarían mucho. ¿Cómo convertir dos palabras en una sin que desaparezcan las dos? ¿Cómo decir mujer y que la gente escuche que estás diciendo luz o viceversa? ¿Cómo explicar que para alejar la oscuridad hay que encender una mujer quitándole el vestido, y que la luz puede abrazar a un hombre mientras duerme? Oye, Calvo, aquí el único que fuma marihuana soy yo, así que deja el delirio y búscame otro símil porque ése no me gustó. Y creo que *Calígula* tampoco está muy convencido porque mira cómo te enseña los dientes. La poesía, aunque sea la más sencilla, no viene por una tubería, le dice el Calvo a robinhood.com, mientras encarama los pies sobre la cama. Pero mira las nalgas de mi Alison, le digo, míralas. ¿Dime tú mismo si no se mere-

cen todas las palabras que puedan inventarse? Le doy *play* al video y mi Alison se sienta, saca la lengua, sonrío, nos tira un beso y después se pellizca las tetas. ¿Y sus pezones, Calvo, sus pezones pequeños como qué? Pero suéltame, chico, me grita, aunque esta vez no lo tengo agarrado. Se rasca la calva y se vuelve a reír cuando me dice: Como los picotazos de un gorrión que desenreda los hilos de la tarde. Coño, Calvo, apretaste, le digo. Ésa no te la cree nadie. Pero mi Alison no me escucha. Mi Alison se acuesta y abre las piernas. A mí se me hace un nudo en la garganta como cuando veo a Yadira caminando descalza por el césped mojado del patio. El Calvo baja los pies de la cama, acerca su cara al monitor, abre más los ojos como si quisiera meterse dentro de la pantalla y me dice, detén el vídeo ahí. Después coge una libreta donde él apunta sus cochinas y escribe mientras yo escucho lo que dice: Su sexo como un molino con aspas de peces voladores, que mueve el agua del río que forma la orina de la luna. Otro, le digo, dime otro, ése no me gusta, está muy enredado. Su sexo como una caña en el bosque, que se acuesta dentro de su propia chimenea encendida; como una bolsa donde se guarda el cielo cuando el sol se emborracha y va cayendo; como la herida que dejó el zarpazo de un oso en el vientre de un salmón; como una cueva donde se escucha el eco de las mordidas de la lluvia; como una jaula donde un pájaro de aceite afila los relámpagos; como una boca donde las palabras se acurrucan a pasar el invierno. ¿Y su piel, cómo es su piel?, le pregunta robinhood.com al Calvo. Pero mientras el Calvo se queda pensando, soy yo quien le digo: su piel como si pasara la lengua por el interior de una botella vacía de aceite de oliva. El Calvo

se ríe y me dice muy bien, muy bien, muy bien. ¿Su bollo, cómo es su bollo?, le pregunta robinhood.com al Calvo. Y aunque él no le dice bollo, sino sexo, me gusta cuando dice: Su sexo como el ojo de un cíclope que llora de alegría y de rabia mientras se guarda el amanecer debajo de la lengua; como la garganta de donde sale un grito hecho de salitre y espuma; como un guante de mar que se vira al revés para cubrir la carne del invierno; como un espejo de agua listo para sacarte los ojos cuando te pares frente a él; como una granada que el sol oculta dentro de una camisa de fuerza... Entonces robinhood.com interrumpe al Calvo y le dice: Su sexo como si la luna acabara de salir de una peluquería donde le raparon la cabeza porque tenía piojos. Y el Calvo se ríe y me dice muy bien, muy bien, muy bien, y yo me río y *Calígula* se ríe y mueve la cola agradecido. Alison abre más las piernas. El Calvo mete más los ojos en la panta-lla y dice: Su sexo como un animal hambriento que te exige a punta de humedad que le des la comida en la boca; como el suspiro de un tsunami; como un anfitrión que te espera con el fuego encendido para arrojarte a él... Ya, ya, le digo al Calvo. Deja un poco para mañana que después te pones a llorar frente a la página en blanco cuando no se te ocurre nada. Le arrebató la libreta y le arranco la hoja. Tapo a mi Alison con la sábana y vemos cómo se acurruca y cierra los ojos. Sabes una cosa —le dice el Calvo a robinhood.com—, aunque esto no sea escribir me sirve para mantenerme en forma. Creo que todo escritor necesita un perro que le ladre, más bien que lo salve. Cuando no escribo estoy mucho más cerca de la muerte, me dice el Calvo con su pesimismo de siempre.

¿Tú —que sabes más de mí, que yo de ti— no crees que ella hizo bien en dejarme esperando, así, en el aeropuerto, con los plátanos en la mano? ¿Qué podría ofrecerle después que le enseñé en la cama lo que ya una mujer conoce por instinto? Aunque te parezca increíble ningún hombre la había tocado en sus veinte años. Mas no pienses que era una de esas niñas provincianas que aún florecen en los pueblecitos de México, con padres que resguardan su virginidad con cadena y candado (perdona la cacofonía, aún mi bisturí tiembla cuando pienso que mi cabeza dormía entre sus piernas. “Como si te fuera a parir, me decía ella”, sin saber que era verdad, que yo nacía cada vez que ella me regalaba su desnudez) y le hacen creer que algún príncipe azul vendrá por ella. No. Era una mujer que ya sabía lo que esperaba. Tres veces viajó ella desde su pueblecito hasta la ciudad de México con su virginidad a cuestas —en un ómnibus que se demoraba más de trece horas para llegar al Valle—; tres veces, y tú lo sabes mejor que yo, recorrí su temblor desnudo con mi boca, hasta que ella misma me dijo por causa de mis titubeos: “¿Qué te pasa, eh, qué te pasa? Tú eres el hombre que esperé y escogí: si no me coges hoy, voy a la cocina y con uno de esos plátanos que tienes ahí me lo hago yo misma”. Sí, sí, me gustaba su firmeza. Nada que ver con la sumisión de esas mujeres que se extraen el cerebro antes de casarse y reverencian las palizas que le dan sus maridos y son felices porque así tiene que ser, porque el Señor lo quiere así. Uno no puede enamorarse de la sumisión, aunque a ti te encanta martillar las cabezas, doblegar, que te pidan per-